

EL SECRETO

Jack Vance

El sol entraba oblicuamente por las hendiduras de la pared de la cabaña; de la laguna llegaban los gritos y el chapaleo de los niños de la aldea. Roña ta Inga al fin abrió los ojos. Había dormido mucho más de lo acostumbrado, hasta media mañana. Estiró las piernas, se puso las manos en la nuca, miró distraídamente el cielorraso de paja. En realidad había despertado a la hora habitual y después se había sumido en una vaga ensoñación, una costumbre que había adquirido últimamente. Sólo últimamente- Inga frunció el ceño y se incorporó con brusquedad. ¿Qué significaba? ¿Era una señal? Tal vez debía preguntarle a Takti-Tai... Pero todo era tan ridículo. Había dormido hasta tarde por la más vulgar de las razones: le gustaba remolonear, dormitar y soñar. En la esterilla, junto a él, había flores aplastadas, donde se había acostado Mai-Mio. Inga recogió los capullos y los puso en el estante donde guardaba sus escasas pertenencias. Una criatura encantadora, Mai-Mio. No reía ni más ni menos que otras muchachas; sus ojos eran como otros ojos, su boca como todas las bocas; pero sus extrañas y seductoras afectaciones la volvían absolutamente única: no había otra Mai-Mio en todo el universo. Inga había amado a muchas doncellas. Todas eran singulares en algún sentido, pero Mai-Mio era una criatura deliciosa, exquisitamente diferente de las demás. Había llegado a ser mujer hacía poco —aún ahora podía confundírsela con un muchacho, desde lejos— mientras que Inga le llevaba por lo menos cinco o seis estaciones. No estaba muy seguro. Tenía poca importancia. En cualquier caso, tenía muy poca importancia, se repitió enfáticamente. Esta era su aldea, su isla; no sentía deseos de irse. ¡Jamás! Los niños subieron a la playa desde la laguna. Dos o tres correataron bajo la cabaña, girando alrededor de uno de los postes, parlotando. La cabaña tembló. El bullicio impacientó a Inga. Gritó irritado. Los niños callaron al instante, aterrados y asombrados, y se alejaron mirando por encima del hombro. Inga frunció el ceño; por segunda vez esa mañana se sentía descontento consigo mismo. Se granjearía una reputación poco envidiable si seguía actuando así. ¿Qué le sucedía? Era el mismo Inga de ayer. Excepto que había pasado un día y era un día mayor.

Salió al porche de la cabaña, se tendió al sol. A izquierda y derecha había cuarenta o cincuenta cabañas como la suya, con árboles en medio; adelante se extendía la laguna, azul y centelleante al sol. Inga se incorporó, caminó hasta la laguna, nadó, se sumergió entre las piedras relucientes y las plantas oceánicas que cubrían el lecho de la laguna. Emergiendo, se sintió relajado y en paz, nuevamente dueño de sí: Roña ta Inga, como siempre había sido, y siempre sería.

Acuclillado en el porche, desayunó fruta y pescado frío, ahumado en la fiesta de la noche anterior, y pensó en el día que tenía por delante. No había urgencias, ni deberes que cumplir, ni necesidades que satisfacer. Se reuniría con la partida de jóvenes que ahora se dirigían al bosque a cazar aves. Podría modelar un broche de conchillas talladas y frutos de goana para Mai-Mio. Podría haraganear y chismorrear; podría pescar. O podría visitar a Takti-Tai, su mejor amigo, que estaba construyendo un bote. Inga se puso de pie. Pescaría. Caminó a lo largo de la playa hasta su canoa, revisó el equipo, empujó la embarcación, remó por la laguna hasta la abertura del arrecife. Los vientos soplaban hacia el oeste, como siempre. Dejando la laguna. Inga dirigió una rápida ojeada a sotavento —una ojeada casi furtiva—, luego agachó la cabeza contra el viento y remó hacia el este.

Una hora después había pescado seis bonitos peces, y regresó a lo largo del arrecife hasta la entrada de la laguna. Todos estaban nadando cuando volvió.

Doncellas, jóvenes, niños. Mai-Mio braceó hasta la canoa, apoyó los brazos en los flotadores, le sonrió. El agua le brillaba en las mejillas.

—¡Roña ta Inga! ¿Pescaste algo? ¿O traigo mala suerte?

—Velo tú misma. Ella miró.

—¡Cinco...! ¡No, seis! ¡Seis gordos peces! ¡Soy buena suerte! ¿Puedo dormir a menudo en tu cabaña?

—Mientras siga teniendo buena pesca al día siguiente.

Ella se zambulló nuevamente, lo salpicó, se perdió de vista. A través de la superficie ondulante Inga podía ver la silueta esbelta y morena meneándose contra el fondo. Llegó a la playa, envolvió el pescado en hojas de sipi y lo guardó en una cisterna fría; luego corrió a la laguna para nadar con los demás.

Más tarde él y Mai-Mio se sentaron a la sombra, ella trenzando un cordel decorativo de corteza teñida con el cual más tarde tejería un cesto, él recostado, mirando el agua. Mai-Mio parlotaba inocentemente: sobre la nueva canción que había compuesto Ama ta Lalau, sobre los raros peces que había visto mientras nadaba bajo el agua, sobre el cambio que había sufrido Takti-Tai desde que había empezado a construir el bote.

Inga soltó un murmullo distraído, pero no dijo nada.

—Hemos formado un grupo —le confió Mai-Mio—. Somos seis: Ipa, Tuiti, Hali-Sailano, Zoma, Oiu-Ngo y yo. Hemos jurado que nunca abandonaremos la isla. Nunca, nunca, nunca. Hay demasiada alegría aquí. Nunca navegaremos al oeste... jamás. Sea cual sea el secreto, no queremos saberlo.

Inga sonrió vivazmente.

—Hay mucha sabiduría en ese juramento. Ella le acarició el brazo.

—¿Por qué no juras con nosotras? Claro que somos seis muchachas, pero un juramento es un juramento.

—Es verdad.

—¿Quieres navegar al oeste?

—No.

Mai-Mio se puso de rodillas, excitada.

—Llamaré al grupo, y todos, todos juntos, recitaremos el juramento otra vez: ¡nunca abandonaremos la isla! ¡Y pensar que tú eres el mayor de toda la aldea!

—Takti-Tai es mayor —dijo Inga.

—¡Pero Takti-Tai está construyendo un bote! ¡Prácticamente ya no cuenta!

—Vai-Ona tiene la misma edad que yo. Casi la misma.

—¿Sabes una cosa? Cuando Vai-Ona sale a pescar, mira siempre hacia el oeste. Está intrigado.

—Todos lo están.

—¡No yo! —Mai-Mio se incorporó de un brinco.— No yo-... ni nadie del grupo. Nunca, nunca, nunca... nunca abandonaremos la isla. ¡Lo hemos jurado! —Se agachó, palmeó la mejilla de Inga, corrió a reunirse con un grupo de amigas que compartían un canasto de frutas.

Inga se quedó sentado cinco minutos. Luego gesticuló con impaciencia, se levantó y caminó a lo largo de la costa hasta la plataforma donde Takti-Tai trabajaba en su bote. Era un catamarán de cubierta ancha, con un refugio de mimbre tejido cubierto con hojas de sipi, un mástil grueso. En silencio, Inga ayudó a Takti-Tai a dar forma al mástil, raspando un maduro tronco de pasiao-tui con conchillas afiladas. Luego hizo una pausa, dejó la conchilla.

—Hace mucho —dijo— éramos cuatro. Tú, yo, Akara y Zan. ¿Lo recuerdas? Takti-Tai siguió raspando.

—Claro que recuerdo..

—Una noche nos sentamos en la playa alrededor del fuego... los cuatro. ¿Recuerdas? Takti-Tai cabeceó.

—Juramos no abandonar nunca la isla. Juramos no ceder nunca, derramamos sangre para sellar el pacto. Nunca navegaríamos al oeste.

—Recuerdo.

—Ahora te vas —dijo Inga—. Seré el último del grupo.

Takti-Tai dejó de trabajar, miró a Inga como si fuera a hablarle, luego se inclinó de nuevo sobre el mástil. Más tarde Inga regresó a la playa arriba hacia su cabaña. Acuciado en el porche, talló el broche para Mai-Mio.

Pronto un joven fue a sentarse junto a él. Inga, que no tenía muchas ganas de estar acompañado, siguió tallando. Pero el joven, absorto en sus propios problemas, no lo advirtió.

—Aconséjame, Roña ta Inga. Eres el mayor de la aldea y muy sabio. —Inga enarcó las cejas, frunció el ceño, pero no dijo nada.— Amo a Hali Sai laño, la deseo desesperadamente, pero ella se ríe de mí y corre a abrazar a Hopu. ¿Qué debo hacer?

—La situación es muy simple —dijo Inga—. Ella prefiere a Hopu. Busca otra muchacha. ¿Qué te parece Talau lo? Ella es bonita y afectuosa, y parece gustar de ti.

El joven soltó un suspiro.

—Muy bien. Haré lo que sugieres. A fin de cuentas, una muchacha da lo mismo que otra. —Se marchó, sin reparar en la mirada sardónica que le dirigía Inga. Se preguntaba por qué venían a pedirle consejo. Sólo tengo dos o tres, o a lo sumo cuatro o cinco estaciones más, pensaba. ¡Es como si me consideraran la fuente y origen de toda la sagacidad!

Durante la noche nació un niño. La madre era Omei Ni lo, quien había dormido casi una estación en la cabaña de Inga. Como era varón ella lo llamó Inga ta Omei. Hubo una ceremonia de bautismo presidida por Inga. Los cantos y bailes duraron hasta tarde, y de no haber sido porque el niño era suyo y llevaba su nombre, Inga se habría escabullido temprano. Había asistido a muchas ceremonias de bautismo.

Una semana más tarde Takti-Tai zarpó hacia el oeste, y hubo una ceremonia diferente. Todos fueron a la playa para tocar el casco de la embarcación y bendecirlo con agua. Las lágrimas surcaban las mejillas de todos, incluyendo a Takti-Tai. Takti-Tai contempló por última vez, la laguna, las caras de las personas que abandonaba. Luego se volvió, hizo un gesto; los jóvenes empujaron el bote por la playa, saltaron al agua, lo arrastraron por el lago, lo guiaron hasta el océano. Takti-Tai cortó los cabos, tensó aparejos; la vela grande y cuadrangular flameó al viento. El bote bogó hacia el oeste. Takti-Tai, de pie en la plataforma, agitó la mano por última vez, y los que estaban en la playa se despidieron con un gesto. El bote se alejó en la tarde, y cuando bajó el sol ya se había perdido de vista.

Durante la cena la charla era apacible; todos miraban el fuego. De pronto Mai-Mio se levantó de un salto.

—¡Yo no! —salmodió—. ¡Yo no...! ¡Nunca, nunca, nunca!

—¡Yo no! —gritó Ama ta Lalau, quien de todos los jóvenes era el músico más habilidoso. Tomó la guitarra que había tallado con un tronco de soa negra, rasgó las cuerdas, se puso a cantar.

Inga miraba en silencio. Ahora era el mayor en la isla, y parecía que los otros lo trataban con un respeto nuevo. ¡Ridículo! ¡Qué tontería! ¡La diferencia era tan escasa que casi no existía! Pero notó que la risueña Mai-Mio miraba atentamente a Ama ta Lalau, quien respondía a sus insinuaciones con suma cortesía. Inga los observó con pesadumbre en el corazón, y luego se fue a la cabaña. Esa noche, por primera vez en semanas, Mai-Mio no durmió a su lado. No importa, se dijo Inga: una muchacha da lo mismo que otra.

Al día siguiente caminó por la playa hasta la plataforma donde Takti-Tai había construido el bote. El lugar estaba limpio y ordenado, las herramientas colgaban prolijamente en un cobertizo cercano. En el bosque vecino crecían hermosos árboles makara, con los cuales se fabricaban los cascos más raudos.

Inga se volvió. Salió a pescar en su canoa, y al salir de la laguna miró hacia el oeste. No había nada que ver salvo el horizonte vacío, exactamente igual al horizonte del este, del norte, y del sur. Excepto que el horizonte del oeste ocultaba el secreto. Y el resto del día se sintió inquieto. Durante la cena miró cada una de las caras. Faltaban las caras de sus queridos amigos; todos habían construido sus botes y se habían ido. Sus amigos habían partido; conocían el secreto.

A la mañana siguiente, sin tomar una decisión deliberada, Inga afiló las herramientas y taló dos hermosos árboles makara. No estaba construyendo precisamente un bote. Eso se dijo, pero no venía mal estacionar madera.

No obstante al día siguiente podó los árboles talados, cortó el tronco a lo largo, y al siguiente reunió a todos los jóvenes para que le ayudaran a llevar los troncos hasta la plataforma. Ninguno parecía sorprendido; todos sabían que Roña ta Inga estaba construyendo su bote. Mai-Mio ya no ocultaba su amor por Ama ta Lalau, y mientras Inga trabajaba en el bote los miraba jugar en el agua no sin que la amargura le hiciera un nudo en la garganta. Sí, se dijo, sería un verdadero placer reunirse con sus verdaderos amigos, los jóvenes y doncellas que había conocido desde que renunció a su nombre de leche, sus compañeros de juegos; ahora no estaban, y los añoraba dolorosamente. Vació con esfuerzo el casco, quemando, raspando, cincelando. Luego la plataforma estuvo asegurada, el pequeño refugio tejido y techado para resguardarlo de la lluvia. Modeló un mástil con un tronco liso de pa-siao-tui, lo enderezó y lo hincó. Juntó estera, tejió una vela tosca pero resistente, la colgó para que se estirara y estacionara. Luego se puso a aprovisionar el bote. Juntó nueces, fruta seca, pescado ahumado envuelto en hojas de sipi. Llenó de agua unas vejigas de orbe. ¿Cuánto duraba el viaje al oeste? Nadie lo sabía. Mejor no sufrir hambre, mejor aprovisionarse bien: una vez en el viento no se podía regresar.

Un día estuvo preparado. Era un día muy parecido a todos los otros días de su vida. El sol era tibio y brillante, la laguna relucía y lamía la playa con olas juguetonas. Roña ta Inga sentía la garganta tensa y seca; apenas podía confiar en su voz. Los jóvenes acudieron a la playa, todos bendijeron el bote de agua. Inga escrutó cada rostro, luego la hilera de cabañas, los árboles, las playas, los lugares que amaba con tanta intensidad... Ya le parecían remotos. Las lágrimas le surcaban las mejillas. Alzó la mano, se volvió. Sintió que el bote abandonaba la playa, flotaba libremente en el agua. Los nadadores lo empujaron hasta el océano. Se volvió por última vez para mirar la aldea, luchando contra el impulso repentino y feroz de saltar del bote y regresar a nado. Izo la vela, que pronto se hinchó al viento. El agua se encrespó bajo los flotadores. Pronto navegaba hacia el oeste, con la isla a popa.

Hendía las olas, caía en largas pendientes mientras el agua a sus espaldas gorgoteaba y la proa subía y bajaba. La larga tarde se desdibujó y se volvió dorada; el poniente ardió y se aplacó y se transformó en un crepúsculo apacible. Despuntaron las estrellas, e Inga, sentado calladamente junto al timón, mantuvo la vela contra el viento. A medianoche arrió la vela y durmió, mientras el bote bogaba en silencio.

A la mañana estaba totalmente solo, los horizontes desnudos. Izó la vela y apuntó al oeste, y así pasó ese día, y el siguiente, y otros. E Inga agradeció haber aprovisionado el bote en abundancia. El sexto día creyó notar que el viento se había enfriado; el octavo día navegaba bajo grandes nubarrones como jamás había visto. El océano azul se volvió gris, y pronto verdoso, y el agua ahora era fría. El viento soplaba con gran fuerza, agitando la vela de estera, e Inga se acurrucó en el refugio para protegerse de la espuma arremolinada. En la mañana del noveno día creyó ver una forma vaga y oscura adelante, que a mediodía se convirtió en una estribación de peñascos altos; el oleaje abofeteaba las rocas escabrosas, rugiendo sobre guijarros toscos. A media tarde dirigió el bote hacia una de las playas de guijarros, saltó cautelosamente a la costa. Tiritando en medio de las ráfagas violentas, evaluó la situación. No había ninguna criatura viviente a lo largo de la costa, salvo dos o tres gaviotas grises. Cien metros a la izquierda yacía el casco destartado de otro bote, y más allá había un revoltijo de madera y fibra que quizá eran los restos de otro.

Inga llevó a la costa las provisiones que le quedaban, las juntó en un bulto, y trepó a los peñascos por un sendero borroso. Llegó a una extensión de laderas de color verde grisáceo. A cinco kilómetros se levantaba una hilera de colinas bajas, hacia donde parecía conducir el sendero.

Inga miró a ambos lados; tampoco se veían más criaturas vivas que las gaviotas. Cargó el bulto al hombro y echó a andar por el sendero.

Al acercarse a las colinas llegó a una choza de hierba y piedras, junto a una parcela de suelo cultivado. Un hombre y una mujer trabajaban en el campo. Inga los estudió con atención. ¿Qué clase de criaturas eran? Parecían seres humanos; tenían brazos y piernas y rostros. ¡Pero qué arrugados y marchitos y grises estaban! ¡Qué encogidas tenían las manos, cómo se agachaban y trajinaban al trabajar! Se apresuró a seguir de largo, y ellos no parecieron verlo.

Inga apuró el paso, pues se acercaba el fin del día y tenía las colinas delante. El sendero cruzaba un valle lleno de robles nudosos y arbustos bajos, verde púrpura, luego trepaba la colina por una hondonada pedregosa, donde el viento producía sonidos sibilantes y musicales. Desde la hondonada Inga contempló un valle chato. Vio bosquecillos de árboles bajos, parcelas de tierra arada, un grupo de chozas. Bajó despacio por el sendero. En un campo cercano un hombre irguió la cabeza. Inga se detuvo, pues creyó reconocerlo. ¿No era Akara ta Orna, que había navegado al oeste hacía diez o doce estaciones? Parecía imposible. Este hombre era gordo, casi calvo, con las mejillas flojas en la mandíbula. ¡No, no podía ser el grácil Akara ta Orna! Inga se alejó precipitadamente, y pronto entró en la aldea. Delante de una choza cercana había alguien a quien reconoció con alegría.

—¡Takti-Tai! Takti-Tai cabeceó.

—Roña ta Inga. Sabía que vendrías pronto.

—Celebro verte. Pero abandonemos este horrible lugar. Regresemos a la isla. Takti-Tai sonrió apenas, meneó la cabeza. Inga protestó acaloradamente.

—No me digas que prefieres esta tierra lúgubre. ¡Vamos! Mi bote aún puede navegar. Si de algún modo podemos alejarnos de la playa, llegar a mar abierto...

El viento cantaba entre las montañas, murmuraba entre los árboles. Las palabras de Inga murieron en su garganta. Obviamente era imposible hacerse a la mar.

—No sólo el viento —dijo Takti-Tai—. Ahora no podríamos volver. Conocemos el secreto.

—Inga lo miró asombrado.

—¿El secreto? Yo no.

—Ven. Ahora lo conocerás.

Takti Tai lo llevó a través de la aldea hasta una estructura de piedra con techo alto y tejas de pizarra.

—Entra y conocerás el secreto.

Roña ta Inga, titubeando, entró en el edificio. En una mesa de piedra yacía una figura quieta rodeada por seis velas altas. Inga miró la cara blanca y rugosa, el lienzo blanco e inmóvil que cubría el pecho angosto.

—¿Quién es? ¿Un hombre? Qué flaco está. ¿Duerme? ¿Por qué me muestras esto?

—Este es el secreto —dijo Takti-Tai—. Se llama "muerte".

Título del original en inglés: The Secret. © 1978 by Jack Vance.

Traducción de C.G.